

Serafin es un prestigioso violonchelista. Ha interpretado las más grandes obras maestras de la música clásica en los mejores escenarios del mundo. Es oírle tocar y parece que la música se convierte en miles de musas que revolotean por el espacio hasta llegar a los oídos de una forma suave y maravillosa.

Pero Serafín, fuera del escenario, es un hombre muy reservado y muy, muy tímido. Al acabar la representación siempre acude a felicitarlo un gran número de personas, y es en esos momentos cuando Serafín se pone muy nervioso, especialmente con las mujeres. Sabe tratar con su violonchelo, pero no con la gente.

Por su profesión ha tenido que ir a múltiples recepciones del más alto estandig y siempre ha odiado tener que relacionarse con todas esas personas que lo admiran y tratan de intimidarle para que cuente el gran secreto de su éxito. Ante la pregunta, Serafín siempre tiene la misma respuesta: “Ensayar, ensayar y ensayar”.

Así que Serafín prefiere disculparse diciendo que debe volver a su ensayo para salir cuanto antes de todos los convites y fiestas a las que suele estar invitado. Pero las mujeres son a las que más respeto les tiene. Al ser tan reservado y vergonzoso no sabe cómo comportarse con ellas.

Pero ha conocido a una chica que acude a todos sus conciertos y cree que le gusta. Ha decidido que la próxima vez que la vea hablará con ella y le invitará a tomar un café.

En su casa, mientras ensaya, imagina cómo se lo pedirá, qué reacción tendrá ella, si accederá o no y cómo se desarrollará todo si dice que sí. Está dispuesto a entregarse del todo si se conocen un poquito, incluso podría revelarles su gran secreto, pero también ella tiene que estar dispuesta a todo.

Está tan ensimismado en sus pensamientos que no se da cuenta de que el violonchelo con el que ensaya en ese momento no para de temblar, las notas no salen como él quiere. Cuando se despierta de sus ensoñaciones, se concentra y agarrando más firmemente el instrumento y tensando más el arco logra afinarlo y ponerlo a su gusto.

Llega el día del concierto. Podría ser uno más de su extensa carrera, pero este será diferente. Antes de empezar busca entre el público a su admiradora. Y la encuentra, en la tercera fila, con los ojos fijos en el escenario sin perder detalle de lo que sucede. Serafin sonrío. Va a ser un concierto memorable y después espera obtener su recompensa.

Da comienzo y las notas que salen del violonchelo son extraordinarias. Serafin está consiguiendo arrancar sublimes trocitos de una belleza sonora sin igual, como si en vez de notas fueran obras de arte las que llegan a los oídos del gran público: sensuales, bellas, femeninas, candorosas.

Pero el concierto llega a su fin. La ovación dura varios minutos, pero Serafin no escucha, sólo está pendiente de que la chica de la tercera fila, la que ha de ser “su chica”, no se vaya antes de tiempo. Recoge su instrumento y sale hacia la salida. Se deshace de varias personas que tratan de pedirle un autógrafo y se dirige hacia su objetivo.

Con un torpe movimiento reclama su atención y tras dudar, sudar y tartamudear unos minutos, la chica, que se llama Clara, sonrío y juntos van al bar del Auditorio. Tras treinta minutos de una charla más distendida de lo que se esperaba, Serafin decide que la quiere, así que, sin pensárselo dos veces la invita a su casa para mostrarle cómo ensaya y regalarle un concierto privado. Ella accede.

Juntos llegan a casa de Serafín y Clara se sorprende al ver una sala llena de fundas de violonchelos. Algunos de ellos están abiertos y huelen a humedad, lo que deja una mancha oscura en la parte de abajo.

Serafín se sienta y saca su violonchelo y su arco preferido, el concierto privado es tan bello que Clara se ha emocionado y comienza a llorar. Serafín, al terminar, se acerca a Clara y la abraza mientras la mece suavemente, acunándola y dándole pequeños besitos en el pelo.

Ella, conmovida por la música y por las atenciones recibidas, empieza a desprenderse de su ropa muy lentamente. Serafín se separa y la deja hacer. Cuando ella por fin está desnuda del todo, la observa detenidamente.

Con la música, Clara se ha quedado como ausente y está dispuesta a entregarse al hombre que la ha hecho llorar con sólo unas notas. El músico aprovecha para llevarla hasta su lugar de ensayo. Allí, sentado en su gran butaca, vuelve a deleitarse con la belleza sensual de Clara, que tiene los ojos cerrados y ladea la cabeza como hipnotizada.

Serafín se levanta y coge su arco preferido, se vuelve a sentar y levanta los brazos de Clara. Comienza a interpretar una pieza muy hermosa sobre el cuerpo de ella mientras la piel y la carne de Clara se van desgarrando poco a poco al contacto con el arco de sierra.